

NUEVA GALES DEL SUR Y CANBERRA

Un estilo de vida forjado por olas y viñedos

Una playa, una selva, un desierto, un campo fértil, una montaña, la orilla de un río, un museo o un rincón escondido en una gran ciudad: cualquiera que sea tu paraíso, lo encontrarás en Nueva Gales del Sur.

Si pienso en un paraíso vacacional, en el sentido más convencional del término, veo una playa maravillosa, con un faro en lo alto de una colina desde donde se puede admirar la salida del sol. Es también un lugar en el que se come bien sin tener que controlar demasiado el presupuesto y donde, al caer la tarde, pueden darte un masaje relajante antes de elegir uno de los numerosos establecimientos para cenar y escuchar buena música en directo. No me cuesta mucho imaginar esta estampa idílica, pues así es Byron Bay, prácticamente la primera población que encontramos al entrar en el estado australiano de Nueva Gales del Sur desde Queensland.

Byron Bay es el punto más al este de la Australia continental y su faro es famoso por ser primer lugar del país en ver salir el sol y también por la vista impresionante que ofrece sobre el litoral. Para llegar a esta punta del mundo hay que caminar por un sendero ascendente de unos cuatro kilómetros que bordea la costa y cruza las playas de Watego y Little Watego. en el trayecto veremos algunas de las mansiones más caras del país, no en vano estamos en una de las zonas de mayor poder adquisitivo de la costa este de Australia, un lugar donde el culto al cuerpo está a la orden del día. Y no sólo en su faceta más física: Byron Bay está repleto de *spas*, pero también de lindos cafés y buenos restaurantes de cocina internacional.

La costa de Nueva Gales del Sur ofrece una de las imágenes más exportadas de Australia: playas preciosas, ambiente surfero y una gran variedad de actividades semisuicidas para hacer, como tirarse en paracaídas, ala delta, escalada, *kayaking*, buceo o surf con las mejores olas. El estado recibe unos tres millones de turistas internacionales –mayoritariamente neozelandeses, ingleses y japoneses– y la cifra tiende a crecer un tres por ciento anual. El turismo nacional e internacional es la principal fuente de ingresos de Nueva Gales del Sur, lo que se traduce en una gran oferta de ocio y gastronomía para todos los gustos. Aquí, lo mejor para pasar desapercibido entre lo más selecto del surf australiano es calzarse unas chanclas y vestirse con ropa playera recién comprada en las modernas tiendas del centro de Byron Bay.

Si lo que se busca es la playa, pero con un ambiente menos *cool*, no hay más que seguir hacia el sur por la Pacific Highway, una de las magníficas carreteras que cruzan Nueva Gales del Sur, y llegar hasta Coffs Harbour, unas siete horas al norte de Sydney, la capital del estado. Un apunte: los australianos miden las distancias en horas de conducción y no en kilómetros, una manera mucho más gráfica de concienciarse de la inmensidad de su tierra.

Coffs Harbour, en familia

Coffs Harbour debe su nombre al capitán Korff, el primer europeo que, en 1850, fondeó en la bahía. Esta pequeña población costera respira un ambiente mucho más familiar que Byron Bay y el turismo es menor y básicamente nacional; por eso la elijo para iniciarme en el buceo y en el surf. Por eso y por dos razones más. Primero, porque un curso de buceo resulta mucho más barato en Coffs Harbour que en Queensland, y aunque la barrera de coral no llega hasta aquí, la fauna marina es igualmente rica y diversa, sobre todo en los alrededores de Solitary Island. La segunda razón es que en las playas de Coffs se ven niños nadando tranquilamente, y si los padres los dejan es porque no debe haber mucha fauna antropófaga, un

tema que nunca hay que olvidar en Australia. Y por si esto fuera poco, resulta que en Coffs reside Lee Wrinkler, un ex campeón de surf que dejó recientemente la competición y que se convierte en mi maestro frente a las corrientes y las olas de la playa de Diggers.

Aparte de sus playas tranquilas, hay dos lugares icónicos en Coffs Harbour. Uno es el Big Banana, un escultural plátano a medio pelar que forma parte de la red de *big icons* australianos: objetos cotidianos representados en tamaño gigante. El otro es *The pub with no beer*: un bar sin cerveza, algo impensable en Australia. Es fácil pensar que se trata de una leyenda urbana hasta que confirmo su existencia: es el bar del hotel Cosmopolitan en Taylors Arm, entre Coffs Harbour y Kempsey. Se quedó sin cerveza porque unas inundaciones impidieron la llegada del suministro. Uno de los grandes de la música country australiana, Slim Dusty, recordó el suceso en una canción: *There's nothing so lonesome, morbid or drear than to stand in the bar of a pub with no beer* (no hay nada peor que estar en un bar que no tiene cerveza). A raíz del suceso, el Cosmopolitan decidió fabricar la suya propia.

Interior de montañas azules

Las playas de Nueva Gales del Sur atraen a numerosos visitantes y amantes de los deportes acuáticos, pero no es nada desdeñable la atracción que también ejercen la montañas del interior. La Gran Cordillera Divisoria corre paralela a la costa desde el estado de Queensland, al norte, hasta el de Victoria, al sur. Entre sus puntos más espectaculares y visitados sobresalen el parque nacional de las Blue Mountains, en las cercanías de Sydney, y las Snowy Mountains, ya en la frontera con Victoria.

Las Blue Mountains –literalmente, Montañas Azules– deben su nombre a un aceite volátil que desprenden sus interminables bosques de eucaliptos. La luz del sol lo refleja y produce una coloración azul visible, sobre todo, en días de niebla. El parque, presidido por las Three Sisters –tres inmensas rocas de gres que esconden una leyenda aborígen–, ofrece un paisaje inmenso de mesetas y cañones espectaculares que pueden recorrerse a pie en rutas que van desde las cuatro horas de duración hasta varios días.

A pesar de la explotación turística a la que es sometido desde la década de 1970, de la incorporación de un funicular y un tren aéreo, la vegetación del parque de las Blue Mountains se mantiene especialmente agreste. Esto se debe a las modernas leyes ambientales que lo protegen, sobre todo desde que en el año 2000 fuera declarado Patrimonio de la Humanidad.

Lorne y Dave, dos amigos australianos amantes del senderismo, me aconsejan contratar a un guía para bajar desde lo alto de las mesetas hasta el fondo de los cañones. Durante el descenso, la vegetación se transforma: los eucaliptos de las zonas más altas dan paso a helechos del tamaño de un árbol que crecen en el suelo del cañón. Allí, la humedad y la falta de luz nos envuelven como en una selva amazónica, aunque el aroma de los eucaliptos nos recuerda que estamos en Australia.

La despensa nacional

Más allá de la Gran Cordillera Divisoria se extiende una franja de tierra fértil conocida como “la despensa nacional”. En ella se encuentran gigantescas explotaciones agrícolas que se suceden hasta Victoria, al sur, y hasta el *Outback*, el gran desierto rojo australiano, al oeste. El paisaje vuelve a cambiar por completo y da paso a grandes extensiones de cultivos, árboles frutales y viñedos. En los alrededores de Orange encuentro inmensos campos de perales, manzanos y cerezos (nada de naranjas, el nombre se debe a Guillermo de Orange). Aquí es donde acuden los *backpackers* a recoger fruta para ganar un sueldo que les permita continuar disfrutando de Australia. Y es también en esta zona donde se encuentra Hunter Valley, una de las regiones vinícolas más conocidas de Australia, famosa por sus variedades Shiraz (uva negra) y Semillon (uva blanca).

Los australianos comenzaron a producir vinos a partir de variedades europeas, siguiendo las tradiciones enológicas del viejo continente, pero de un tiempo a esta parte han innovado en técnicas vitivinícolas y han comenzado a experimentar con nuevas variedades de uva procedentes del Mediterráneo. Los vinos de Hunter Valley se exportan con éxito sobre todo a otros países anglosajones, a Japón y a la Unión Europea, y recientemente han comenzado a introducirse en España con bastante aceptación.

Hay muchas bodegas en Hunter Valley y casi todas ofrecen una cata de vinos gratuita o por un módico precio que incluye a menudo un aperitivo. Lo mejor para visitarlas es enrolarse en un *tour* –así no hay que preocuparse por conducir después, puesto que las leyes australianas son durísimas con los conductores ebrios–. Mi experiencia es muy gratificante: en la cata descubro un nuevo mundo de aromas y gustos. Al fin y al cabo, estoy al otro lado del globo.

El centro de este territorio agrícola en Nueva Gales del Sur es Bathurst, la ciudad interior más antigua del país y el mejor lugar, según mis amigos australianos, para admirar la arquitectura victoriana. Ésta se caracteriza por el trabajo del hierro en molde y el uso creativo del ladrillo, apreciables en las barandillas de los balcones y en los relieves geométricos de las fachadas, respectivamente. Sin embargo, Australia es una tierra caracterizada por su multiculturalidad, y por ello muchos de los edificios antiguos reflejan el origen de sus dueños. En Bathurst se pasa del estilo baronial escocés de Abercrombie House al georgiano de Miss Traill's House y al neoclásico del edificio de los juzgados. Tengo la suerte de encontrar una casa privada en reformas y pido al dueño permiso para ver el interior. Como buen australiano se siente orgulloso de su patrimonio y conoce al dedillo las características y leyendas de su propiedad, que no duda en explicarme, por supuesto poniendo la salsa que sea necesaria para que no las olvide. En este caso se trata de una antigua residencia privada de un industrial maderero que, con el tiempo, se convirtió en un edificio de habitaciones minúsculas para inquilinos de recursos limitados. Él quiere convertirlo en un *boutique hotel* de dieciséis habitaciones.

Hay más empresarios madereros en esta zona. De hecho, no pasa desapercibida la gran cantidad de pinos que se ven en los alrededores de Bathurst. El motivo es que Nueva Gales del Sur es un gran productor de madera, y la industria forestal es una aportación significativa a la economía del estado: la mitad de las plantaciones de madera blanda –léase pinos– de Australia están aquí, y siguen un tipo de cultivo sostenible. Prácticamente plantan tanto como talan.

He comenzado el texto hablando de mi edén costero. Pero la grandeza de Australia es que posee varios paraísos de características únicas. Uno de ellos es tricolor: el rojo de la tierra, el verde de los arbustos y el azul intenso del cielo forman tres franjas perfectamente definidas que sólo se difuminan cuando llueve, es decir, casi nunca. Es el *Outback*.

Carreteras en la inmensidad

El *Outback* de Nueva Gales del Sur se extiende desde la tranquila ciudad de Bourke hasta la frontera con los estados de Occidental y Meridional de Australia. Atravesarlo significa recorrer kilómetros y kilómetros de polvorientas pistas rectas –aunque también se puede llegar por la Barrier Highway– que te hacen sentir la persona más insignificante sobre la inmensidad de la tierra, y eso, en mi caso, a pesar de compartir todoterreno con otras tres personas. Cruzarse por el camino con grupos de canguros y sorprendentes manadas de emús son sólo dos de las imágenes imborrables, y fáciles de obtener, de este trayecto.

La ganadería –vacas y ovejas principalmente– y la minería –que tuvo su momento de esplendor durante la fiebre del oro y de la plata a finales del siglo XIX– imperan en el *Outback*. Un buen ejemplo es Broken Hill, más allá del caudaloso río Darling, un oasis de actividad en la inmensidad del desierto. Esta zona fue uno de los escenarios de la película *Mad Max II* y los lugareños aún tienen anécdotas del rodaje para contar, sobre todo si es en la barra de un pub: yo escuché cómo un hombre alababa las piernas de Tina Turner, sin que nadie osara decirle que la cantante aparece en la tercera entrega de la saga, pero no en la segunda.

Mad Max aparte, Broken Hill, a pesar de estar en medio del desierto, está lleno de parques y jardines, galerías de arte y pubs, y su actividad minera –sobre todo plata y zinc, pues posee unos de los yacimientos más ricos del mundo de estos metales– queda patente en los nombres de calles como Argent Street.

Una capital inventada

No podía dejar Nueva Gales del Sur sin visitar el corazón político del país: el Australian Capital Territory o ACT, donde se encuentra Canberra, la capital política del país. El ACT es un pequeño estado en el sudeste de Nueva Gales del Sur, más o menos a medio camino entre Sydney y Melbourne, y Canberra es una capital creada por la incapacidad del pueblo australiano de escoger entre Sydney o Melbourne como centro político cuando en 1901 las diferentes colonias que ocupaban la isla decidieron unirse. Es una de las pocas ciudades del mundo creadas exclusivamente para ser capital del país, como Brasilia o Washington, y aunque eso pueda hacerla parecer fría, es todo lo contrario.

Canberra es una ciudad llena de vida que se expande alrededor del lago Burley Griffin –el nombre del arquitecto estadounidense que diseñó la ciudad– y se encuentra rodeada de colinas y bosques plagados de rutas para caminar, con áreas públicas donde disfrutar de una barbacoa, el verdadero deporte nacional. Un paseo por Black Mountain (una colina coronada por una torre de telecomunicaciones) garantiza una vista privilegiada sobre la ciudad.

La vida en la capital se organiza en torno al lago Burley Griffin, un centro de actividades durante todo el año y el punto de encuentro número uno de los ciudadanos de Canberra para disfrutar de su tiempo de ocio. En sus aguas y orillas los *locals* navegan, corren, montan en bicicleta o simplemente descansan. En las terrazas del área conocida como “Civic” se pueden degustar los vinos del ACT, famosos por el carácter peculiar que les otorga el hecho de que los viñedos crecen en altitudes de hasta 900 metros.

La capital es para casi todo el mundo un sitio de gente con traje hecho para gente con traje, pero la realidad es muy distinta. Una prueba de ello es un episodio que presencié mi amigo Steven en el casino de Canberra hace algún tiempo, cuando dos amigos pensaron que, como no había cámaras, podían llevar a cabo un combate de esgrima en plena sala de juego sin que pasase nada. Por supuesto fueron expulsados y penalizados con la prohibición de acceder al casino durante un año. Su gesta todavía se conoce hoy en Canberra como “The sword fighting”.

Un lugar insólito en Canberra –y por ello de visita imprescindible– es el magnífico jardín interior del National Museum, una extraordinaria mezcla de arte y paisajismo que permite un recorrido por toda Australia en un tiempo récord pisando un mapa cuya escala es “un paso : 100 km”. En este museo representa de manera muy gráfica lo que ocurre cuando gente de todos los rincones del planeta decide quedarse en un país que ya llevaba ocupado miles de años. Y no hay que dejar la ciudad sin visitar la National Gallery, que alberga la famosa, polémica e inmensa pintura de Jackson Pollock, *Blue Strokes*. Famosa por su autor, inmensa por sus dimensiones y polémica porque el pueblo australiano consideró que la fortuna que desembolsó su gobierno hace 25 años por la obra era un despilfarro. Sin embargo, su valor actual supera con creces la cantidad que se pagó entonces.

Arquitectónicamente llama la atención el edificio del Parlamento, cubierto de césped y coronado por una inmensa bandera nacional cuyo soporte es conocido localmente como “La araña”. Y para terminar, un consejo: los interesados en visitar Canberra deben tener en cuenta las oscilaciones térmicas, pues son importantes aquí y hay que ir preparado. No hay que olvidar un jersey pero tampoco las chanclas, puesto que Canberra también es Australia. ·MSM·